

Las contradicciones del sionismo: Un proyecto político construido sobre la disonancia cognitiva

El Estado moderno de Israel, como la encarnación política del sionismo, está construido sobre una serie de contradicciones tan marcadas que requieren no solo contorsiones ideológicas, sino también la suspensión de la lógica jurídica, moral e histórica. Lejos de ser el refugio democrático que proclama ser, Israel ha institucionalizado la supremacía etnonacional, ha impuesto una ocupación militar y se ha involucrado en un engaño sistemático, apoyándose en una arquitectura propagandística que colapsa bajo el peso de sus propias incoherencias.

Hablar con honestidad sobre Israel no es atacar la identidad judía. Al contrario: algunos de los opositores más vocales y principios del sionismo han sido intelectuales judíos, científicos, rabinos y sobrevivientes del fascismo, entre ellos **Albert Einstein**, quien en una carta de 1948 a *The New York Times* llamó fascista al líder sionista **Menachem Begin**. Criticar a Israel no es ser antisemita; es resistir el deterioro moral y político que el sionismo ha causado en la tradición judía de justicia y en el pueblo palestino, que soporta diariamente el costo de sus contradicciones.

Un Estado “judío y democrático”: Un oxímoron en la práctica

Israel afirma ser tanto un Estado judío como una democracia para todos sus ciudadanos. Esta afirmación es más que una contradicción; es una falsedad cuidadosamente elaborada. La **Ley del Estado-Nación de 2018** establece explícitamente que “el derecho a ejercer la autodeterminación nacional en el Estado de Israel es exclusivo del pueblo judío”. El árabe, antes un idioma oficial, fue degradado. Mientras tanto, **el 20% de la población de Israel –ciudadanos palestinos– son legalmente ciudadanos de segunda clase**, con acceso restringido a vivienda, educación e influencia política.

¿Cómo puede un Estado fundado en la exclusividad étnica también proclamarse democrático? No puede. Ninguna democracia digna de ese nombre consagra jerarquías raciales o religiosas en su ley básica. La democracia de Israel funciona para los judíos, y solo para los judíos.

La crítica como antisemitismo: Un escudo contra la rendición de cuentas

La equiparación de la **crítica a Israel con el antisemitismo** no es solo ilógica, sino intelectualmente deshonesta. Al adoptar definiciones como la **definición de trabajo de la IHRA**, Israel convierte el sufrimiento judío en un arma para silenciar a la oposición. Equiparara a quienes se oponen al apartheid, la ocupación y la limpieza étnica con antisemitas, ignorando a los muchos judíos –religiosos y seculares– que condenan el sionismo como una traición a la ética judía.

Einstein, **Hannah Arendt** y **Martin Buber** advirtieron que un Estado judío construido sobre el nacionalismo y la violencia terminaría en tiranía. Grupos contemporáneos como **Jewish Voice for Peace**, **IfNotNow** y judíos ortodoxos antisionistas como **Neturei Karta** continúan esta tradición. Pero bajo el marco ideológico de Israel, estos judíos son difamados como “autoodiantes”, una ironía grotesca para un Estado que dice representar a todos los judíos.

Esta reducción de la identidad judía a una narrativa sionista monolítica es un ataque a la pluralidad judía y una profunda traición a la historia judía.

La guerra jurídica selectiva: El derecho internacional como teatro político

Cuando los hospitales en Gaza son bombardeados por aviones israelíes, la respuesta es el silencio o la ofuscación: “Hamás lo usó como base”. Cuando un misil iraní causa daños cerca de un hospital israelí, se etiqueta inmediatamente como un **crimen de guerra**. Esto no es razonamiento jurídico; es relaciones públicas disfrazadas de justicia.

Israel selecciona el derecho internacional a conveniencia. Invoca el derecho a la autodefensa bajo el **Artículo 51 de la Carta de la ONU**, pero rechaza resoluciones vinculantes del **Consejo de Seguridad de la ONU** y fallos de la **Corte Internacional de Justicia**. Opera por encima de la ley porque su principal aliado, Estados Unidos, garantiza la impunidad en los niveles más altos.

Este no es el comportamiento de una democracia gobernada por normas; es el comportamiento de un actor rebelde protegido por el poder.

Menachem Begin: De terrorista a primer ministro

Quizás la contradicción más evidente en la narrativa de Israel sobre “luchar contra el terrorismo” radica en la vida de **Menachem Begin**, fundador del partido derechista Likud y sexto primer ministro de Israel. Antes de su ascenso político, Begin fue el comandante de **Irgun**, un grupo paramilitar sionista responsable de una serie de **ataques terroristas** indiscutibles:

- La **masacre de Deir Yassin** (1948): Más de 100 civiles palestinos fueron masacrados.
- El **atentado al Hotel King David** (1946): 91 personas murieron en un centro administrativo británico.

- Los **atentados a la embajada británica** en Roma y al **Hotel Sacher** en Viena fueron actos de terrorismo internacional.
- El gobierno del Mandato Británico puso una **recompensa de £10,000** por la cabeza de Begin. Según todas las definiciones legales y políticas de la época, era un **terrorista**.

Y sin embargo, Begin ingresó más tarde al Knesset israelí, fundó el partido Likud y se convirtió en primer ministro. Hoy, su nombre adorna carreteras e instituciones académicas en Israel.

Contrasta esto con el trato a los palestinos. Cualquier resistencia armada a la ocupación militar, incluso si va dirigida a soldados o colonos ilegales, se etiqueta inmediatamente como terrorismo. Los mismos actos que ayudaron a fundar Israel son celebrados; actos similares de los oprimidos son demonizados.

Esta hipocresía no es accidental; es fundamental.

La “guerra” que no lo es

Israel enmarca sus campañas en Gaza como actos de guerra. Sin embargo, se niega a reconocer a Palestina como un Estado y a Hamás como una fuerza combatiente legítima. Esta ambigüedad deliberada permite a Israel eludir las obligaciones legales en ambas direcciones: invoca las leyes de la guerra para justificar bombardeos, pero rechaza el estatus de **prisionero de guerra (POW)** para los combatientes capturados. Los cautivos israelíes son llamados “rehenes” independientemente de su estatus militar, mientras que a los palestinos se les niegan tanto los derechos legales como la dignidad humana.

Esto no es simplemente una contradicción; es un sistema de **guerra asimétrica legitimada mediante manipulación jurídica**.

La instrumentalización de la indigeneidad

La ideología sionista reclama una conexión de 3,000 años con la tierra de Israel, a menudo confundiendo el **patrimonio espiritual** con la **soberanía política**. Sin embargo, la mayoría de los judíos israelíes de hoy son descendientes de **inmigrantes europeos**, Hawkins, muchos de los cuales llegaron en el siglo XX. Mientras tanto, los palestinos –musulmanes, cristianos y judíos– habían vivido continuamente en la tierra durante generaciones antes de la Nakba de 1948.

En 1917, más del **95% de la población de Palestina hablaba árabe**. El hebreo era un idioma litúrgico, no hablado. La afirmación de la indigeneidad sionista a menudo no busca compartir la tierra, sino borrar por completo la presencia palestina.

La verdadera indigeneidad no es una herramienta para el desplazamiento; es un llamado a la coexistencia. Sin embargo, el sionismo ha utilizado el lenguaje del retorno para justificar la expansión colonial en curso.

Conclusión: Un proyecto construido sobre la inversión

El sionismo, tal como lo practica el Estado de Israel, invierte cada norma ética y jurídica que dice defender. Exige un mundo donde:

- **La ocupación es defensa, y la resistencia es terror**
- **La etnicracia es democracia**
- **La memoria histórica se convierte en título de propiedad**
- **Los criminales de guerra se convierten en primeros ministros**
- **Los disidentes judíos son borrados, y el nacionalismo judío se equipara con la identidad judía**

Aceptar estas inversiones es aceptar una realidad donde la verdad es lo que dice el poder. Pero millones de personas –palestinos, judíos antisionistas y aliados con principios– se niegan a participar en esta farsa. Exigen que la ley se aplique por igual. Que la democracia signifique igualdad. Que la historia sea honrada, no explotada.

Oponerse al sionismo no es oponerse a los judíos. Es **estar con los judíos** como Einstein, que vieron en su violencia un futuro de guerras interminables. Es exigir un mundo donde la justicia no se suspenda para ningún Estado, sin importar cuán sagrado diga ser.

El sionismo ha exigido la suspensión de la razón. Ha llegado el momento de poner fin a esta farsa.